

## XI

Desde esta última entrevista de la enferma con su primo, el doctor Fabregues debía ganar terreno

Su carta, la única que él escribió á la desventurada joven, estaba concebida en términos propios para engañarla.

Juramentos, protestas, ternura, piedad, amor puro, todo se encontraba allí habilmente mezclado, en dosis normales, como se dice en la moderna tecnología farmacéutica.

El gascón había enviado la carta á su cliente, desconfiando del éxito de su audaz maniobra.

Temía una explosión de cólera ó de desden. No hubo nada de esto.

Aterrada la joven por el silencio del oficial, postrada además por su enfermedad, sin valor y sin energía, dispuesta siempre á aceptar cuanto le parecía un medio de salvación, volvió de allí en adelante sus ojos al doctor Fabregues, como si todas sus esperanzas se concentrasen en aquel hombre, el primero que murmuró en sus oídos aquellas frases esperadas.

Poco á poco, la misma señora de Breville se acostumbró á la presencia de Fabregues, como se había acostumbrado á la del doctor Bordat, y reconocida por la mejoría de su sobrina, era

la primera á rogarle que hiciera con más frecuencia sus visitas.

Al comienzo de sus relaciones, el doctor iba al hotel tres ó cuatro veces por semana; pero pronto las visitó diariamente.

Supo hacerse el indispensable. Acompañaba á las dos á paseo y al teatro.

El doctor Bordat hubiera podido malograr sus maniobras, pero una de esas casualidades tan comunes en la vida, fué llamado cerca de la única pariente que le quedaba en Nievre, cuya vida amenazaba una enfermedad grave, á causa de su avanzada edad, mientras el barón d'Aubagny, despechado por las inexplicables resistencias de Elena Brunoy, sentía la necesidad de cambiar de aires y se fué á pasar algunos días en Normandía, con uno de sus amigos.

Matilde y su tía quedaron, por consiguiente, entregadas sin defensa á las intrigas de aquel aventurero, y forzoso es decir que no hubo jamás diplomático que procediese con mayor discreción y tacto para llegar á su objeto que el doctor Fabregues.

El tiempo huye con rapidez increíble en la vida febril, ruidosa y vertiginosa de París.

Había pasado un mes desde el encuentro del doctor Fabregues con las señoras de Breville, en el Grand-Hotel.

Era el 20 de mayo.

Los bañistas preparaban ya sus equipajes.

En todas partes se observaba el movimiento

propio de la estación, en que tanta gente se dispone á emigrar en busca de distracciones, de comodidad ó de alivio á sus dolencias.

Llegó el momento en que el mismo doctor Fabregues tenía que abandonar á París para instalarse en su pequeña quinta, en medio de los montes de Auvernia, á la que había puesto el nombre de su ídolo: Elena.

Ya había indicado esta necesidad á su enferma, y no dejó de experimentar gran júbilo, cuando la vió temblar al abordar delicadamente este asunto.

Pero todavía no había dado el golpe definitivo.

Lo preparaba.

Generalmente no se marchaba á Mont-Dore hasta el 10 de junio.

No tenía, por tanto, prisa.

Entretanto, le iba bien con aquella existencia por partida doble, á que le condenaba su situación.

Sus amistosas relaciones con Elena Brunoy proseguían sin incidentes notables.

La empleada de la señora Delivet le acogía con su tranquilidad habitual y con esa fría calma común á la mayor parte de las mujeres obligadas á vivir de su trabajo, y cuyo espíritu está lleno con los cuidados del porvenir y á veces del presente.

Mantenia lealmente su palabra, pero sin entusiasmo.

Picada su curiosidad al principio por las

proposiciones de su vecino, acabó por no pensar en ellas, considerándolas como una excentricidad más del activo gascón.

Los medios que el doctor se proponía emplear para hacer rápidamente una fortuna en la que la joven no creía, le preocupaban poco.

Esperaba tranquilamente el suceso, como se espera el fin de una carrera en la cual no se ha aventurado más que una pequeña suma.

Lo que su amante exigía de ella, en suma, no era más que seis meses de su vida, y á los veintitres años una joven que tiene ante sí la perspectiva de un largo porvenir, no cree hacer un gran sacrificio con un aplazamiento así.

Apenas si le preguntó dos ó tres veces con indiferencia.

—Y esa fortuna ¿la tenéis?

El respondía siempre con una sonrisa enigmática:

—Paciencia... Espera... Ya verás.

Por lo demás, todas las probabilidades estaban de su parte.

Todo le salía á pedir de boca.

El, que jamás había conocido lo que los jugadores llaman «estar de vena», ganaba de una manera escandalosa cada vez que probaba fortuna en el Círculo.

Vivía con relativo desahogo, lo cual no dejaba de constituir una novedad en su existencia.

Pero se acercaba el instante en que debía tomar una decisión.

Una noche, después de comer en el café de la Paz, donde la señora de Breville le había detenido, se encontró á solas con Matilde, y le dijo con voz emocionada:

—Quisiera hablaros.

—¿A mí?

—A vos sola.

—¿Para qué?

—Para decirlos adiós.

—¿Nos abandonaréis?

—Es preciso. Tengo que haceros algunas recomendaciones... antes de mi partida.

—¿De modo que os vais?

—Dentro de unos días. Mi deber me reclama, ó mejor la necesidad... mi profesión... Mont-Dore...

Ella reflexionó un instante.

—Pues bien—dijo,—id mañana á las once al hotel.

La joven pasó una noche horrible.

Se había habituado á ver en Fabregues su salvador.

Le parecía que no tenía nada que temer mientras estaba á su lado. Cuanto él más redoblaba sus cuidados y sus precauciones, más se daba ella exacta cuenta de su estado.

Sin duda antes de conocerle guardaba en el fondo del corazón esa secreta esperanza que no nos abandona nunca, mientras queda un resto de vida; pero no por eso se hacía ilusiones acerca de la funesta enfermedad heredada de su madre.

Fabregues supo levantar el ánimo decaído de la joven, dar cuerpo á esa esperanza quimérica é inspirarla una confianza ilimitada, al mismo tiempo que una apasionada simpatía.

La idea de la separación evocaba en ella fantasmas aterradoros.

Sin Fabregues se sentía perdida, como el viajero que ve eclipsarse la estrella que le guía en medio de un bosque inmenso poblado de peligros.

Esperó el día con impaciencia.

Preciso es decir que el doctor Fabregues no estaba más tranquilo que ella.

La joven buscaba un pretexto para quedarse sola en el hotel ó alejar á su tía; pero no tuvo necesidad de él.

La señora de Breville dijo á su sobrina que á las diez necesitaba salir á compras, por estar tan próximo su regreso, pues se proponía hacer una excursión al campo para ver su parque y sus jardines.

La excelente mujer adoraba sus flores, sus perros y todos los animales que poblaban sus establos.

Dió cuenta de sus proyectos á la joven y Matilde quedó encantada.

—Sí, tía mía—dijo,—iremos cuando quieras y te acompañaré gustosa.

La tía se marchó.

Desde la ventana la vió Matilde alejarse en su coche por el boulevard.

Quedaba su ayuda de cámara; pero Juliana,

antigua criada, que había visto nacer á Matilde, le era completamente fiel.

El gascón fué exacto.

A las once era recibido por Juliana.

—Déjanos—le dijo la joven.

La criada se apresuró á obedecer.

—¿Ha salido vuestra tía? —preguntó el doctor.

—Sí, por un instante.

—¿Qué pálida estáis esta mañana!

—He dormido mal. He tenido ideas sombrías, presentimientos...

—¿Qué tenéis que temer?

—Vuestra partida.

—Es indispensable; ¿pero en qué puedo perjudicaros? Sabéis lo que habéis de hacer: vuestra salud está restablecida; váis de mejor en mejor.

—¿Por qué engañarme? La prueba de que la mejoría no es tan sensible, es el estado en que estoy desde ayer.

El se sentó á su lado, la magnetizó con sus apasionadas miradas y empleó todo su arte para tranquilizarla, demostrándole que necesitaba una calma absoluta y que era preciso evitar emociones inútiles.

Y terminó con esta vaciedad, sonriendo con la conmiseración que se concede á los niños caprichosos:

—No sois razonable.

Y con inflexión de voz muy persuasiva y tierna, añadió:

—¿Consentiría en alejarme de vos si hubiese que temer el menor peligro?

Por un momento recobró la joven su valor.

Comprendió que á ella le correspondía hablar. ¿No era la más rica? ¿No debía el honor y el decoro cerrar los labios del doctor, después de las primeras declaraciones? ¿No era ella quien debía aceptarlas ó rechazarlas?

—Doctor—dijo,—me habéis repetido varias veces que sois mi amigo...

—Con amistad profunda y respetuosa, es verdad.

—Podéis probarlo.

—¿De qué modo?

—Permaneciendo á mi lado. Sin vos creo que no tendré fuerzas ni valor.

—Pero el mundo...

—¿No tenemos un medio de armonizar sus exigencias con nuestros deseos?

—¿Cuál?

—¿Será necesario decíroslo?

—No—dijo él levantándose con alegría y emoción, que no eran simuladas;—pero tengo miedo de engañarme. La decepción sería cruel.

—¿La aceptais—dijo tendiéndole la mano, mientras se humedecían sus ojos.

El pareció dudar un instante. Después, apretando aquella mano entre las suyas, la llevó á sus labios.

—Y ¿qué dirá la señora de Breville?—preguntó sonriendo.

—Mi tía es buena y me quiere. Jamás se ha

opuesto á mis deseos. Ahora sucederá como siempre.

Y añadió con voz suplicante:

¿Pero no me abandonaréis más?

Por toda respuesta, él cubrió de besos la mano que aún estrechaba entre las suyas.

La señora de Breville no tuvo, en efecto, suficiente carácter para oponerse á tan funesto matrimonio.

Los preparativos fueron breves.

Pasado el término de las publicaciones legales, se celebró en la Magdalena, la parroquia del novio, según el deseo de los esposos.

Fabregues adoptó todas las precauciones necesarias para que nadie oyese hablar en su casa de esto y para impedir que llegase ninguna noticia á oídos de Elena.

Aquello fué casi una unión secreta.

Pedro de Bures no pareció.

La noticia que le comunicó la señora de Breville, le consternó y le indignó.

La recibió en Clermont, adonde su regimiento acababa de llegar.

Puede decirse, sin hipérbole, que un rayo no le hubiera herido más cruelmente.

La ceremonia se realizó el 23 de junio. Paul d'Aubagny no había regresado á París, pues desde Normandía se marchó directamente á Bruselas, donde pensaba permanecer un mes.

El doctor Bordat se encontraba en Nievre, donde su tía acababa de morir.

Inmediatamente después de celebrado el ma-

trimonio, el doctor Fabregues y su mujer tomaron el camino de hierro de Burdeos, por donde debían ir á Mont-Dore.

La señora de Breville, triste y perseguida por sombríos presentimientos, regresó sola á su palacio del Eure.

El mismo día del casamiento del doctor Fabregues con Matilde, Elena Brunoy encontró en su casa un billete concebido así:

«Adorada mía:

»Me veo obligado á salir apresuradamente para Burdeos y Mont-Dore, con el disgusto de no poder decirte «adiós» y la desesperación de dejarte. Estoy en camino de la fortuna. Estoy seguro de conseguir mi objeto.

»Manten tu palabra y digan lo que quieran, cree que yo no tengo más que un deseo, un amor y una pasión: tú, solo tú y siempre tú.

»Hasta muy pronto: os quiero libre, dichosa y rica.

»Lo serás.

»Te ama, y no ama á nadie más que á tí,

»CLAUDIO F.»

## XII

Quien ha visto los montes de Auvernia en los rudos meses de invierno, no los reconocería bajo el manto de verdura y de flores que les cubre en la primavera.

Quien viese el Mont-Dore en diciembre, lo tomaría por un pueblo desierto, si no fuese por las columnas de humo que se escapan de las chimeneas, á cuyo alrededor se reúnen los moradores.

Quien le volviese á ver en junio, y sobre todo en julio, se asombraría de la metamorfosis.

Es una población animada, ruidosa. Una colonia nueva va en este tiempo á establecerse al lado de la colonia de invierno, que arrastra consigo todos los parásitos comunes en las reuniones elegantes.

El 5 de julio, diez días después del matrimonio de Matilde, acababan de reunirse en una pequeña sala del hotel Pavillón tres jóvenes doctores, cuyo almuerzo se estaba preparando.

Muchos médicos de baños, bohemios por naturaleza, son partidarios entusiastas del celibato hasta el día que encuentran entre sus clientes una ocasión afortunada que se apresuran á aprovechar.

Ya que no pueden alcanzar la riqueza, se contentan con la medianía.

A esta clase pertenecían los tres discípulos de Hipócrates reunidos en el comedor pequeño del hotel Pavillón.

Eran jóvenes.

Una buena moza, vestida con coquetería, entró llevando un plato con media docena de truchas.

Al verla se animaron los semblantes de los huéspedes.

—Esta mañana nos sirven las Gracias—dijo el más joven, un rubio que tendría treinta años de edad.

—Cuando hay mucha gente como hoy, ayudo.

—Con ventaja, hermosa Miette. ¿Qué hay de almorzar?

—Lo que veis, señor Bandruc.

—¿Y después?...

—Voy á preguntarlo... Creo que chuletas.

—Vamos; el hambre no reinará hoy en estos lugares.

—Ni mañana, ni luego, señor Bandruc.

—Viene mucha gente?—preguntó uno de los tres compañeros;—que á primera vista se conocía ser hijo del Mediodía.

—Mucha, señor Sabat—dijo Miette.—La temporada empieza bien.

El que había preguntado se acarició la barba con muestras de satisfacción.

Era un hombre que conocía á maravilla el arte del reclamo. Sabía que lo importante es hacer sonar la trompeta de la fama cuando se quiere llegar al fin.

Con este objeto había inventado un singular instrumento para inspeccionar el pecho de sus víctimas hasta las más escondidas fibras.

La luz eléctrica, hacía su papel en aquel invento, llamado «pneumoscopo Sabat.»

Con ayuda de él Sabat, se gloriaba de describir el interior del pecho humano, con la exactitud que un geógrafo traza el mapa de un departamento.

El aparato en realidad no había servido hasta allí más que para torturar á los enfermos; pero se hablaba de él como de una invención de gran porvenir.

Sabat estaba contento.

El tercer convidado un auvernes muy rubio, seco como un arenque, detuvo á la criada al pasar por su lado.

—Una palabra, Miette.

—¿Qué queréis? señor Chocagne.

—¿Es que la casa de Fabregues está siempre cerrada?

Al oír aquel nombre brilló en los ojos de la joven un relámpago, y contestó:

—Hace dos días estaba cerrada, pero ahora no puedo deciros.

Y salió.

Los tres doctores habrían administrado de buena gana la estricnina al doctor Fabregues, un competidor para ellos; pero desde que se eclipsaba voluntariamente y les desembarazaba de su persona, todo se volvieron elogios, semejantes á las flores que la moda obliga á llevar á la tumba del pariente á quien se hereda.

Es un guapo chico, á pesar de sus rarezas, exclamó el doctor Chocagne que no vacilaba en presentarse como amigo del ausente y aun como su sucesor cerca de los clientes del gascón, admirados por su ausencia al principiar la temporada.

—No decías lo mismo el año pasado—le contestó Bandruc;—que no podía soportar á su

compañero. Entonces le tenías por el peor de los intrigantes.

—Hay momentos de mal humor. Y además, era un intruso, que venía á movernos guerra en nuestra propia casa. Auvernia es de nosotros,

—Dí, pues, Chocagne-- dijo Bandruc, después de una exclamación en lemosin que era su idioma natal,--¿es que solo los auverneses se bañan, beben y toman inhalaciones en este Mont-Dore que quieres monopolizar?

—Te digo que las aguas son nuestras--repitió el otro riéndose de su propia afirmación.

Y volviendo á su tema, continuó:

—Es extraña la ausencia de Fabregues... Yo no la encuentro natural. Otros años era siempre el primero en llegar.

—Quizá haya muerto...--objetó Bandruc.

—¡Ah! ¡Muerto! — dijo Sabat. -- El doctor Bousse lo ha visto en París no hace aun tres semanas, al pasar por el Grand Hotel.

—Entonces ha hecho fortuna.

—El, que es un cesto agujereado--dijo Chocagne.

—Ha podido hacer un buen casamiento.

—Nos lo hubiera dicho.

—¡Bah! No se acordará ya de nosotros. Esos parisienses...

Cada vez que lostres amigos pronunciaban el nombre de Fabregues, se podía observar el temblor que se apoderaba de la criada.

—Están tan contentos--pensaba--por ha-

berse desembarazado de él, que hasta le encuentran encantador.

Al marcharse preguntó Bandruc á sus compañeros:

—¿Habéis observado los ojos de Miette?

—¿Cuando se habla de Fabregues?

—Sí.

—Algo ha debido ocurrir entre ellos.

—¿Qué puede haber sido?

—¡Quién sabe! Lo único cierto es que ella no le ama.

—O tal vez que le ame demasiado.

—¿Y él?

—Se burla de ella: él tenía una pasión en París.

Bandruc vació un vaso de vino de Auvernia y dijo:

—Esos son asuntos suyos. Bebamos á su salud. Puesto que nos cede el terreno, es una gran persona.

—Yo no sé dónde encontraba su clientela--murmuró Sabat--pero lo cierto es que la tenía.

---Ya la encontrarás--dijo Baudruc con su excelente humor.

—Preferiría la del viejo Rouvenat--insinuó Chocagne--Hé aquí uno que debería jubilarse porque nos pone en ridículo.

—¡Bah!--dijo el limosin siempre indulgente--Rouvenat es sordo como una tapia.

---Más vale eso que ser ignorante como un carpo.

Chocagne y Sabat miraron al lemosin con

aire provocativo; pero éste reía tan de buena gana que no había medio de incomodarse.

Miette llegó con otro plato.

—Una noticia, señores---dijo maliciosamente, y segura del efecto que iba á producir,

—¿Cual?

—Minard ha visto abierta la casa del doctor Fabregues la villa Elena.

Miette pronunció este nombre con cierta ironía.

Evidentemente abrigaba un gran odio en su corazón, odio de amante desdefñada, que es el peor de todos los odios.

Chocagne, dijo incorporándose en su asiento:

—¡Bah! ¿Habrá vuelto?

—No lo sé, pero hay gente en la casa hace dos días.

—¡Y yo,—pensaba Sabat—que me consideraba como su sucesor!

—Yo—se decía Chocagne,—que contaba heredarle.

—El intrigante siempre ha hecho lo mismo.

—No podía advertirnos.

—¡Qué idea, volver á las tres semanas de la apertura!

Aquello fué ya un concierto de maldiciones.

—Después de todo,—dijo el lemosín—esto puede no ser más que una falsa alarma.

Chocagne no era de la misma opinión.

Por cada vez que se cree lo que se desea, se cree cien veces lo que se teme.

El auvernés trabajaba hacía días astutamente

te por conquistar la clientela del ausente, que era bastante numerosa.

La noticia, dada intencionalmente por la criada, venía á destruir todos sus proyectos.

Chocagne y Sabat estaban muy contrariados.

En el instante mismo en que se entregaban á estos pensamientos, entró una pareja en el hotel.

El hombre llevaba del brazo á una joven de unos veinticinco años, de mirada radiante y hermosos cabellos.

—¡El!— exclamó Chocagne aterrado.

—A fé mía, es verdad,—dijo Bandruc.

Los tres compañeros examinaron atentamente á la compañera del doctor, y los tres se hicieron á la vez esta pregunta:

—¿Será su mujer, su querida, ó una de sus clientes?

Las tres hipótesis eran lógicas.

Lo que no admitía duda, era que la compañera del doctor Fabregues necesitaba de sus servicios.

Todo atestiguaba en ella la gravedad de su estado; el subido color de sus mejillas, su palidez casi lívida, su talle encorvado como el tallo de una flor de mucho peso.

—Señores,—dijo Fabregues — permitidme presentaros á mi esposa.

Y dirigiéndose á esta:

—Mis buenos amigos y compañeros los señores Chocagne, Sabat y Bandruc.

Estos saludaron inclinándose, y Bandruc dijo en voz baja á Fabregues:

—Mi enhorabuena, querido.

—Gracias.

—Es una mujer encantadora.

—Ciertamente.

—¿Has hecho un brillante matrimonio si no me engaño?

El primer cuidado de un médico que se casa con una cliente rica es disimular su fortuna.

—¡Oh!—contestó Fabregues, que tenía sus proyectos—mediano nada más.

Y señalando á Matilde, que observaba atentamente los edificios vecinos, añadió:

—Pero la adoro... Es un matrimonio de amor.

La pareja se dirigió al gabinete, en donde se les había servido el almuerzo.

Cuando se quedaron solos, los tres médicos se miraron unos á otros.

—¡Fabregues casado!—dijo Bandruc.—¿Qué os parece?

—Para poco tiempo—dijo Chocagne, moviendo la cabeza.

—A fe mía es una cosa deplorable, porque la mujer es verdaderamente encantadora—dijo Bandruc, más compasivo que sus compañeros.

—Y que debe ser rica—insinuó Chocagne.

—Fabregues dice que no.

Chocagne se echó á reir.

—¡Vaya!—dijo.—No hay más que verla.

—¡Pobre mujer! No verá la caída de la hoja.